

**Han, Byung-Chul. *No-cosas: Quiebras del mundo de hoy*. Traducido por Joaquín Chamorro. Madrid: Taurus, 2021.**

Nos encaminamos hacia una era trans y poshumana en la que la vida humana será un puro intercambio de información. El hombre se deshace de su ser condicionado, de su facticidad, que, sin embargo, lo hace ser precisamente lo que es. (Han 2021 93)

Byung-Chul Han, el filósofo surcoreano radicado en Alemania, vuelve a sorprendernos con una inquietante reflexión sobre un problema acuciante de las sociedades actuales: el imperio de la información que busca imponerse en todos los rincones del planeta diluyendo la materialidad de las cosas. Es una temática que va en continuidad con la línea de pensamiento que al autor ha mantenido en sus obras más emblemáticas: *Psicopolítica* (2014a); *La sociedad del cansancio* (2012); *La sociedad de la transparencia* (2013); *Infocracia* (2022). Fiel a las ideas que lo han catapultado al reconocimiento mundial como una de las voces intelectuales con mayor influencia en nuestro tiempo, el filósofo de manera original propone una especie de nueva ontología, en la que se pueden percibir las influencias decisivas de Heidegger en su comprensión del mundo. Esta nueva orientación ontológica está marcada por la presencia del *smartphone* y la inteligencia artificial que disponen el mundo, se hacen con él, representándolo en imágenes y en muchas ocasiones diluyendo la realidad.

Con un estilo de escritura bastante cautivador, que en diferentes pasajes de la obra se mueve en una frontera que conduce a lo poético, Han deja ver las transformaciones que se han dado en las sociedades actuales, cuando la información es la nueva autoridad que orienta nuestra vida. La tesis de fondo del autor indica que hoy percibimos la realidad principalmente en términos de información. La información es no-cosa, es un evento sin materialidad que cambia nuestra relación con las personas, con los objetos, así como también altera nuestras creencias y formas de actuar en el mundo. Justamente esta es la originalidad del libro, incursionar en un terreno poco explorado por la filosofía contemporánea, colonizar un área poco poblada de ideas, puesto que Han centra su atención en aspectos que ha traído la evolución de la *sociedad del conocimiento* y la Cuarta Revolución Industrial que apenas se abre paso en el siglo XXI.

El mismo título propuesto por Han resulta en sí mismo llamativo y curioso: *No-cosas*. Cualquier amante de las humanidades y las ciencias sociales al acercarse desprevénidamente al texto se puede preguntar: ¿Qué es esto? ¿De qué se trata este libro? Esa fue mi reacción cuando lo vi por primera vez, si bien sigo la pista a las obras de Han desde hace unos años. Tengo que confesar que ya tengo un vínculo con el pensamiento de Han, con su manera de escribir, con su forma de hacer filosofía distinta a lo habitual, o al menos por un camino muy diferente al que tomaron ciertas

corrientes de pensamiento que se volvieron de gran influencia durante la segunda mitad del siglo xx. En este sentido, Han es un representante destacado de la nueva generación de filósofos preocupados por comprender las derivas de la evolución social, política y cultural que estamos presenciando en este confuso, cambiante y veloz desenvolvimiento del siglo xxi. Debo, por tanto, afirmar que Han es un filósofo a quien hay que leer, su pensamiento brinda luces para comprender diversos aspectos de la realidad cotidiana marcada por las nuevas tecnologías y por los cambios en la manera de entendernos como seres humanos; pero dejemos que sean las voces del mismo Han las que nos inviten a su lectura.

Muchos nos levantamos muy temprano, a veces con las primeras luces del día, pero se ha vuelto habitual que lo primero que consultamos es el celular, aparato que permanece junto a nosotros, pero que jamás duerme, porque pasa la noche activo recibiendo información. En ese lapso de tiempo, antes de levantarnos y ducharnos, vemos el periódico, revisamos el chat, abrimos el correo, miramos quién puso un estado, etc., es decir, empezamos a tener contacto con el mundo informativo que es no-cosa. Es una avalancha de datos sin alma, sin calor humano, sin rostro. Incluso aunque veamos fotos en Facebook, esas *selfies* son mera información que pronto desecharemos, los rostros allí vistos con sus poses estereotipadas ya no nos hablan de la historia de las personas, sino de un instante fugaz que luego olvidaremos.

Para muchos, el *smartphone* o el *laptop* son también la nueva oficina; a través de estos aparatos podemos entrar en contacto con los demás compañeros de

trabajo, los jefes, los proveedores, los encargados de la logística... Entrando en una dinámica que diluye las distancias y creando la sensación de que estamos omnipresentes porque la inteligencia artificial así lo permite. La realidad laboral se reduce, entonces, a una pantalla desde la cual hago todo, o casi todo.

Una buena parte de la humanidad se queda en casa bajo la nueva modalidad de teletrabajo, otros nos arreglamos y salimos a la empresa, al estudio o a diligencias personales; pero nuestro fiel amigo, el celular, el nuevo infómata, no se puede quedar, porque es a través de él como percibimos el mundo. A través del aparato *smart* desmaterializamos el mundo para solo ver paquetes de datos, de fotos, de memes, videos, correos... La realidad de las cosas es transformada en una nueva realidad digital que descansa en el algoritmo y la ciencia de datos que será objeto de nuestro consumo. Las cosas materiales se vuelven, entonces, distantes, poco significativas, sin valor: pierden su magia, porque “la inteligencia artificial es *apática*, es decir, sin *pathos*, sin *pasión*. Solo *calcula*” (Han 2021 56).

Al caso de la *selfie* y la foto tradicional Han le dedica unas cuantas páginas en su texto. Cuando habitábamos el mundo de las cosas, las fotos de nuestra abuela, de nuestra madre, de la fiesta de navidad familiar, tenían un sentido especial, porque eran fotos cargadas de recuerdos, de historia. Su materialidad de papel impreso, manchado y desgastado por el paso de los años, tenía un valor, porque evocaba una presencia que añoramos, una especie de presencia en la ausencia. Tocamos la foto, la movemos un poco, a veces le quitamos el polvo, pasamos el dedo recorriéndola de arriba abajo como un cuerpo; de

pronto emerge una lágrima, la apretamos entre las manos, y luego con delicadeza la volvemos a poner en su lugar de cosa querida, no queremos que se dañe porque es un lazo que nos une con una existencia o un instante memorable. Algunas fotos nos han acompañado por largo tiempo, las tenemos destinadas a ser parte de nuestro paisaje en el hogar. La foto material es cosa atesorada, es materia con valor existencial. Ahora bien, la *selfie* es diferente, se mueve en una ontología de lo fugaz, lo pasajero y superfluo. Es no-cosa informativa que se debe consumir pronto: su razón de ser en este mundo es generar novedad, impacto momentáneo, curiosidad; por eso la *selfie* no se atesora como la foto tradicional: “El *selfie* anuncia la desaparición de la persona cargada de destino e historia. Expresa la forma de vida que se entrega lúdicamente al momento. Las *selfies* no conocen el duelo. La muerte y la fugacidad les son del todo ajenas” (Han 2021 52).

Las *selfies*, como mera información digital, hacen desaparecer el recuerdo, el destino y la historia, están ligadas a la actualidad y no son un medio para la memoria; su condición se asemeja a la de un mensaje oído en un contestador automático que luego se borra, por eso son no-cosas instantáneas que diluyen los verdaderos vínculos con los otros. La gente se esmera por tomar la mayor cantidad de *selfies* que puede, para publicarlas de manera inmediata en los estados de WhatsApp, para luego ser desechadas con la misma velocidad con que se tomaron. Algunos alardean de tener en el celular 500 y más fotos, sin embargo, es una cantidad que solo indica que se tiene mucha información guardada, además, en ese cúmulo de datos una foto da lo

mismo que otra, ni siquiera recordamos de qué se tratan, ni qué personas hacen parte de estas. La *selfie* es no-cosa, es una foto sin alma, sin aura, se ven tantas en las redes que no generan un verdadero afecto hacia alguien.

En esta misma línea de ideas, la *selfie* se vuelve instrumento para aparecer sin ser. No se capta el ser de las personas, sino una apariencia muchas veces estereotipada: la conocida “boca de pato”; la lengua afuera; muecas y poses que se repiten una y otra vez, por eso son predecibles, a veces aburridas. La *selfie* alimenta la idea de éxito, prosperidad y felicidad que queremos proyectar, aunque en el verdadero ser no exista nada de eso que la *selfie* aparenta. En realidad, lo único que cosechamos con las miles de *selfies* que publicamos es un simple *like*, el amén de nuestro tiempo, una forma peculiar de decir: estuve en la red, vi algo tuyo y lo consumí como mera información.

En la sociedad de los infómatas podemos decir que el *smartphone* es el instrumento privilegiado para estructurar nuestras creencias y, por ende, nuestras emociones. Desde niños estamos integrados con una pantalla de *smartphone* en la cual delegamos nuestras percepciones del mundo y en cierta forma nuestras cogniciones: percibimos la realidad a través de la pantalla. La ventana digital diluye la realidad en información que luego registramos. No hay contacto con cosas. Ya no percibimos los latidos materiales de la realidad. La percepción se torna luz incorpórea. El *smartphone* irrealiza el mundo. El *smartphone* es el instrumento que domina en muchos terrenos nuestro repertorio emocional, pero no siempre para edificar la comunidad humana, ni para consolidar unos vínculos afectivos con el otro real

que tengo enfrente. Parecería que no caemos en cuenta de que no somos nosotros los que utilizamos el *smartphone*, sino el *smartphone* el que nos utiliza a nosotros. Estamos sometidos a la autoridad de ese pequeño infómata digital que nos domina sin mandamientos ni prohibiciones; su función *smart* no es hacernos dóciles, sino dependientes y adictos al quebrantar nuestra voluntad y emociones (Han 2013; 2021). El mundo emocional del siglo XXI es modelado de diversas maneras por el dataísmo del *smartphone* y su paquete de falsas creencias; poco a poco hemos caído en el totalitarismo digital. La creencia en la mensurabilidad y cuantificabilidad de la vida domina toda la era digital y en los nuevos templos de la información esa es la predicación que se brinda en el nuevo culto a las no-cosas.

Para muchos padres, el *smartphone* es un gran aliado de la crianza. Se pueden instalar cámaras en el hogar y desde la distancia puedo a través del teléfono monitorear a los niños. Los observamos desde el trabajo, la inteligencia artificial se presta para crear ese nuevo panóptico digital que sustituye al panóptico físico de *Vigilar y castigar*, característico de la sociedad disciplinaria que tanto denunciaba Foucault; nos encanta convertir el comportamiento de los niños en paquetes de información. Luego, cuando llegamos a la casa después de largas jornadas en la *sociedad del rendimiento*, no compartimos con los niños, no creamos un nosotros con ellos, simplemente nos sentimos satisfechos de que no les haya ocurrido nada, porque justamente, como en un panóptico, los observamos todo el día sin que ellos se sintieran vigilados.

Frente a la nueva realidad que vivimos, sumergidos buena parte de nuestro tiempo

en el mundo de las no-cosas, de la mera información, Han apunta por una recuperación de la “nostridad” en medio del dataísmo digital. Para el filósofo, defender la alteridad, la construcción permanente de un *nosotros* es un imperativo de la filosofía actual. Pero esta nostridad no se puede formar en el “enjambre” que ha producido la sociedad neoliberal del *homo digitalis* (Han 2014b). En el enjambre de las tecnologías digitales de comunicación no hay auténtica alteridad, porque la realización personal que allí se enfatiza está más centrada en el egoísmo y la individualidad antes que en un sentido de comunidad; Han diría que lo que prevalece es un culto a un yo dominador de lo otro. Por su parte, la nostridad enfatiza la alteridad, la tendencia al “otro yo” bajo un sentido de “comuniversalidad”, neologismo con el que designamos la tendencia de la humanidad a formar la comunidad universal. Una comunidad donde el otro sí cuenta, porque es persona, con un rostro, un alma, una historia, con una vida cargada de intensidades y en muchas ocasiones de dolor.

Incluso en la transparencia que caracteriza al *homo digitalis* no hay verdadera nostridad. Las personas permiten que los demás ingresen en su vida a través de las redes sociales, las imágenes y las cámaras, borrando las fronteras entre lo público y lo privado, pero en esa intrusión que observa los gustos, deseos y proyectos del otro no hay genuina comunión, solo curiosidad, consumo de información rápida y atención fugaz que luego se olvida en el flujo de datos que ofrece la masa (Mallamaci). En el enjambre nadie obliga a los demás a tener una visibilidad panóptica, cada uno, sin coacción, quiere dejarse ver, desean ser enfocados

para convertirse en información del otro. Por eso rogamus por un *like*, porque el principio del enjambre digital es “me dieron un *like*, luego existo”. Pero en el enjambre no hay un *tú* recíproco al que se le hable con su nombre propio; ni el cara a cara del cariño personal, donde el *tú* aparece como un reflejo complementario y necesario del yo. En contraste hay un *like* o “amén digital” que se les da a muchos, y un emoticón que se comparte con automatismo solo para indicar que estuve rondando por la red y que consumí efectivamente la información que encontré. En el enjambre el otro está en trance de desaparición, su ser está en crisis porque ya no escuchamos ni reconocemos su discurso, solo hay un intercambio eficaz de la información entre unidades funcionales del universo dataísta. En el mundo digital, al otro se le despide con premura con un simple “me gusta”, un amén de la vida calculable y optimizada que se volverá a decir en forma de algoritmo cuando me vuelva a encontrar en la red con tu paquete de datos.

En la sociedad de las no-cosas, el algoritmo es la nueva racionalidad de la humanidad, lo cual sustituye a la racionalidad comunicativa que tanto defendía Habermas en el siglo pasado. El algoritmo creado por los ingenieros de sistemas no acepta las narrativas humanas, tampoco posibilita la escucha y el diálogo con los cuales se construye el nosotros; su esencia es la frialdad del cálculo que se convierte en dato. Han dirá que entramos a una nueva racionalidad del dato, pero no de la argumentación, el chatbot es un claro ejemplo de eso: ya no es necesario dialogar con nadie, la máquina te atiende, y si no entiende tu lenguaje o tus requerimientos te deja en un “visto”

digital, porque simplemente no puede leer tus emociones y estados existenciales.

Siguiendo las ideas de Han, en este mundo de las no-cosas la tarea de la filosofía es crear un espacio para la argumentación, para el autoexamen y el pensamiento crítico, de tal forma que, reconociendo el *telos* del orden digital que parece imponerse, podamos tener una actitud de vigilancia frente a esta avalancha de deseos, creencias, hábitos e información que condicionan nuestra forma de ver el mundo y, por consiguiente, nuestras emociones. La filosofía resurge así como medicina del alma que conduce al paciente a una exploración exhaustiva de su propia interioridad, para alcanzar lo que los antiguos estoicos ya intuían: debes hacerte mejor cada día. La filosofía configura y modela el espíritu, ordena la vida, muestra lo que se debe hacer y lo que se debe omitir, se sienta en el timón y a través de los peligros dirige el rumbo de quienes vacilan en este mundo del rendimiento y el amén digital.

En una sociedad obsesionada por la productividad, la información y el consumo, la terapéutica de la filosofía vuelve a tener un lugar privilegiado en la reflexión sobre el sentido de la vida humana. Seguramente muchos que están corriendo en la racionalidad de las no-cosas, el algoritmo y el rendimiento se nieguen admitir que su excesivo apego a este mundo digital está socavando la alteridad, el vínculo auténtico con los demás; en consecuencia, pueden no estar dispuestos a aceptar el resultado de los argumentos terapéuticos para mejorar su condición de sometimiento a la infoesfera. Pero la filosofía del presente y del futuro seguirá insistiendo en traer la salud del alma a todos aquellos que quieran interiorizar

estas reflexiones. El pensamiento de Han es una afirmación de que a pesar del ruido del enjambre digital podemos encontrar una vida buena y feliz.

### Referencias

- Han, Byung-Chul. *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder Editorial, 2022.
- Han, Byung-Chul. *La sociedad de la transparencia*. Barcelona: Herder Editorial, 2013.
- Han, Byung-Chul. *Psicopolítica: neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Barcelona: Herder Editorial, 2014a.
- Han, Byung-Chul. *En el enjambre*. Barcelona: Herder Editorial, 2014b.
- Han, Byung-Chul. *No-Cosas: Quiebras del mundo de hoy*. Trad. Joaquín Chamorro. Madrid: Taurus, 2021.

Han, Byung-Chul. *Infocracia: La digitalización y la crisis de la democracia*. Madrid: Taurus, 2022.

Mallamaci, Marco Germán. “El poder psicopolítico en las sociedades postdisciplinarias del homo digitalis. Apuntes sobre el pensamiento de Byung-Chul Han.” *Revista Latina de Sociología* 7.1 (2017): 74-94. [<https://doi.org/10.17979/relaso.2017.7.1.2135>.]

IVÁN ALFONSO PINEDO CANTILLO,  
PHD.  
Universidad Nacional Abierta y a  
Distancia